

# ELLERY QUEEN

## El cocinero del diablo



Cuando Terry Miles desapareció, nadie le echó de menos, ni siquiera su marido.

Terry era coqueta, falsa e infiel.

Y la existencia de los miembros de la universidad que vivían en los apartamentos Cornish Arms era sumamente informal.

Terry no apareció.

¿Qué le había ocurrido?

¿Querían todos a Terry?

¿La odiaban todos?

La joven engañaba a su marido.

Tenía una gran amistad con sus vecinos masculinos.

Y estaba citada con un hombre cuando desapareció.

¿Quién podía desear la muerte de aquella mujer?

Un tema argumental, interesante e intrincado; en cuya solución cuentan tres pistas importantes: El anuncio de un periódico, una joven que dormía como un leño y un *ragout* que contenía demasiada cebolla.

## PERSONAJES QUE INTERVIENEN EN ESTA OBRA

**TERRY MILES:** Un metro sesenta, con aficiones escénicas, aunque preferiría dedicarse a otras diversiones más placenteras.

**FARLEY MORAN:** Estudiante de leyes y vecino de Terry, Era como un gato de sangre fría que perdió su frialdad la noche en que la policía le envió en busca del asesino.

**BEN GREEN:** Compañero de cuarto de Farley. Más o menos, era el tipo de Terry. Lo malo fue que tenía más cerebro y menos dinero que sus compañeros.

**ORVILLE REASNOR:** Portero de oficio, observador por afición. Referente a los inquilinos, jamás le pasa por alto un truco o un torso.

**FANNY MORAN:** Hermanastra de Farley. Un paquete de bellezas que todos los muchachos desean abrir, pese a llevar la marca «No tocar».

**JAY MILES:** Profesor de economía y esposo de Terry. Él era el único que no echaba de menos a su mujer.

**OTIS BOWERS:** Un buen médico, si bien gustaba del adulterio.

**ARDIS BOWERS:** Su esposa. Para ella, el matrimonio era una institución y quería que Otis cumpliera satis-

factoriamente con el precepto, sin perdonar una mala conducta.

MAURICE FELDMAN: Abogado de Terry. Conocía el deporte favorito de su cliente, mas la joven cambiaba tan a menudo de compañero que aquél jamás sabía cuál era el afortunado.

BRIAN O'HARA: Un tahúr de fuertes envites. Tanto en caballos como en mujeres, sólo apostaba sobre seguro.

CAPITÁN BARTHOLDI: Un policía con el encanto de los celtas. Parecía muy negligente, pero hasta al detective más avisado hubiera podido enseñarle varios trucos.

FREDA PAGE: Estudiante, ayudante de Jay Miles. Ni siquiera sus gruesas gafas podían disimular el amor que afloraba a sus pupilas cuando se mencionaba el nombre de Jay.

*Dios puede enviarle al hombre una buena  
comida,  
pero el diablo puede enviarle también un  
cocinero malvado que le quite todo  
sabor.*

ANDREW BOORDE  
(*Dietario de la Salud*, 1542)

*Dios envía el alimento,  
pero el diablo envía sus cocineros.*

JONATHAN SWIFT  
(*Charlas amables*, 1938)

# 1

Handclasp, que en inglés significa vulgarmente «apretón de manos», es, por tanto, una expresión que significa amistad. Pero en el caso que nos ocupa, Handclasp es solamente el nombre de la localidad donde transcurre la acción de este relato, cuya población es de 125.407 habitantes, y está situada en la parte central del norte de Estados Unidos.

Es razonable suponer que los fundadores de Handclasp le pusieron este nombre con la visión futura de un oasis en el que sus pobladores vivirían en gran armonía entre sí, y quizá también con los indios. ¡Ay por los visionarios! Aunque no existen recuerdos de choques con los indios, sí los ha habido, de vez en cuando, entre los propios ciudadanos. Algunas de tales divergencias han sido triviales, otras graves, pero la mayoría, como sucede en el mundo entero, no han sido ni una cosa ni otra. Han habido diversas luchas políticas, antagonismos sociales, venganzas personales y desavenencias conyugales. Algunas de tales querellas han llegado a los tribunales, con titulares en los periódicos de la población.

Como en casos de asesinato.

La propaganda de Cámara de Comercio para promocionar la nueva industria, afirma que Handclasp cuenta, además de sus parques librerías y calles anchas, con más de cien iglesias de diversas confesiones y casi cincuenta escuelas elementales y secundarias, tanto públicas, como parroquiales o particulares.

Naturalmente, el asunto está claro. Aunque dedicada a los beneficios y el progreso, la Cámara tiene conciencia de la civilización. Para más pruebas, examinemos la universidad de Handclasp.

Fundada como institución particular en 1869, cedida a la ciudad en 1893, y al Estado en 1924, la universidad de Handclasp se ha convertido en una asociación floreciente, con cinco facultades bien acreditadas, entre las cuales se cuentan unos siete mil estudiantes. En, o cerca del recinto universitario, hay bastantes dormitorios y casas de fraternidad para alojar a todos ellos. Para el resto, incluyendo a los miembros del profesorado, hay habitaciones convenientes en casas particulares, debidamente separadas del servicio universitario, y también edificios con apartamentos de alquiler. De éstos, aunque no lo mencione la Cámara de Comercio, el Cornish Arms, es uno de los mejores.

Lo mejor de tal edificio es su nombre. Por lo demás podría calificarse de ordinario. Es una casa de ladrillos rojos, de dos pisos de altura. La planta baja se halla dividida por un pasillo desde la entrada principal hasta el callejón posterior, lo cual se repite en el piso superior. A cada lado del pasillo hay un apartamento, o sea cuatro en total, que, si no son elegantes, sí son confortables. En el sótano existe un quinto apartamento ocupado, o al menos lo estaba entonces, por Orville Reasnor el portero y mantenedor del edificio.

El Cornish Arms, en resumen, no merece una atención cuidadosa, porque no es una mansión distinguida. Sólo debe describirse a causa de la gente que a la sazón vivía allí.

Uno de sus inquilinos era Terry Miles. No podemos pasar por alto a Terry. Desde el metatarso a la coronilla del cráneo, medía un metro sesenta. Y por supuesto, ella sabía perfectamente cómo exhibir todo lo que contenía aquella estatura. Cézanne no pintó nunca un paisaje tan bello como Terry y si los suyos han sido admirados por más gente, ello se debe a que Terry jamás estuvo colgada en una galería de arte, ni estaba construida con material tan duradero. Y si bien aquellos cuadros duran eternamente, o casi, el paisaje de Terry, o sea su propia persona, poseía la ventaja de la movilidad. Por ejemplo, podía elegir los lugares y una clase de turismo especial. Todos los amantes de la naturaleza podían admirar los detalles del cuerpo de Terry, poseyendo todos un común denominador: todos eran hombres.

Aquella tarde, perteneciente a un viernes de noviembre, Terry efectuó una visita. Para ello no tuvo que ir muy lejos. Para ser exactos, sólo recorrer dos metros, que era la anchura del pasillo a que daba la puerta de su apartamento. Tras haber cruzado esta distancia, y hallarse ante otra puerta igual a la suya, llamó, y la hoja de madera giró sobre sí misma, impulsada por un joven que lucía un deplorable suéter, unos tejanos y unas zapatillas sucias. Llevaba el oscuro cabello alborotado, con tendencia a rizarse, y sus ojos mostraban un desconcertante color gris, con matices pardos o verdes. Su boca era pequeña, pero estaba llena de unos dientes regulares y diminutos, lo cual la hacía aparecer más grande. En suma, era un joven muy bien parecido; hubiera sido guapo hasta llegar a la sosería, de no haber tenido él la precaución de disimular este efecto.

En la mano derecha sostenía una lata de cerveza con dos agujeros, y estaba sorbiéndola de manera invitadora.

—Hola, Terry —saludó—. Entra y únete a la orgía.

—¿De veras? ¿Una orgía? —Terry se empinó de puntillas para atisbar por encima del hombro de Farley, en busca de los detalles más salaces—. No veo ninguna señal de orgía.

—La celebramos disimuladamente. Creímos que llamaba la Brigada del Vicio. Vaya, Terry, entra antes de que el portero entre en sospechas.

Terry penetró en un apartamento que, salvo por los objetos personales, los colores y el enorme desorden remanente, era gemelo del que ella acababa de dejar. Había libros amontonados sobre una silla de recto respaldo. Más libros colocados descuidada mente encima de un sofá con la tapicería ajada. Al otro extremo del sofá, tumbado sobre su espalda y con una lata de cerveza equilibrada sobre el estómago, se hallaba un joven que parecía tener un ojo incapaz de abrirse tanto como su compañero. Esto producía el desconcertante efecto de bizquear, o que mirase de manera malévola cuando miraba simplemente. Por debajo de los ojos sobresalía una nariz algo ganchuda, rodeada por un semblante de gran fealdad. Además, era bajo y delgado, y por el momento parecía abrumado por una sensación de indefinible pereza. No se movió cuando entró Terry, limitándose a agitar una mano, cuyo movimiento puso en peligro la lata de cerveza que bailó peligrosamente sobre su estómago.

—Hola, Terry —dijo con voz de barítono—. Temo que Farley ha tratado de engañarte. No hay tal orgía.

—Oh, Ben, ya sabía que bromeaba —replicó la joven—. Como no había ruido... Y, por definición, las orgías son ruidosas. Esto es algo que sabe todo el mundo.

Pasó adelante y se sentó en el amplio sofá, entre el llamado Ben y los libros. El otro joven, el llamado Farley, se instaló en una butaca por el simple procedimiento de deslizarse por el brazo hasta el asiento. Durante esta maniobra, logró conservar la integridad de su cerveza.

—¿Te sientes defraudada? —preguntó.

—Un poco —repuso Terry—. Las orgías son muy agradables cuando se dirigen adecuadamente.

—Este comentario requiere cierta reflexión —adujo el joven de la nariz ganchuda, o sea Ben—. Sí, porque presen-

ta un punto objetable. ¿Son adecuadas las orgías?

—Además —añadió Farley—, dudo que puedan «dirigirse». Según mi experiencia, empiezan de cualquier modo y en cualquier momento.

—Éste es exactamente el academicismo que podía esperar de un estudiante de leyes y de un historiador en ciernes —sonrió Terry—. Estáis dando toda clase de excusas para no ofrecerme un entretenimiento agradable.

—Tienes razón —asintió Ben que, tumbado sobre el sofá, levantó la lata de cerveza hasta la altura de su boca para tomar un trago, tras lo cual volvió a colocarla sobre su estómago—. De tener tiempo, ahora mismo te ofreceríamos una orgía. Por desgracia, he de marcharme pronto. Y no me gusta dejar un pasatiempo a medias, sea adecuado o no.

—Esto es cierto —observó Farley—. Nuestro amigo Ben ha de emprender una excursión misteriosa este fin de semana. Aunque no me haya admitido en sus confidencias, sospecho la complicidad de mi dulce hermanita del apartamento de arriba. Maldito sea, Ben, ¿por qué tienes que secretar tanto con la joven hermanita de tu amigo y compañero de cuarto?

—No es cierto —objetó Ben, bizqueando más que nunca con increíble malevolencia—. Fanny no tiene nada que ver con mi marcha.

—¿Adónde vas? —quiso saber Terry.

—Esto sólo lo sé yo —repuso Ben—, y tú debes averiguarlo.

—No sirve de nada preguntártelo —intervino Farley—. No lo diré. Por mi parte, estoy reconciliado con su falta de fe en mí, por muy fatal que sea. Bien, estamos tomando esta cerveza en plan de despedida.

—Ya veo —afirmó Terry— que las estáis tomando, y me gustaría unirme a vosotros, si tuvierais la cortesía de invitarme.

—Farley —preguntó Ben—, ¿dónde diablos está tu cortesía? ¿Por qué no le ruegas a Terry que se tome una cerveza?

—Perdona. Terry ¿quieres una cerveza?

—Pues sí.

Farley saltó de la butaca, pasando por encima del brazo, en operación contraria a la de antes, y fue hacia la cocina.

—Ya que vas a abrir el refrigerador —le gritó Terry—, te agradeceré que mires si tenéis tres zanahorias.

Farley se detuvo bruscamente. Al parecer, no acababa de comprender el mensaje.

—¿Has dicho tres zanahorias?

—De tamaño mediano, por favor.

—¿Para qué diablos, si puedo preguntarlo, se supone que una joven ha de pedir prestadas tres zanahorias a un par de estudiantes solteros?

—¿Por qué no? Tú y Ben guisáis a menudo, por lo que es perfectamente razonable suponer que tengáis algunas zanahorias.

—Yo lo considero altamente improbable. Ben, ¿hay zanahorias por aquí?

—En efecto, las hay —asintió Ben—. Ayer compré unas cuantas en el supermercado.

—¡Caramba! —exclamó Farley, volviendo a ponerse en movimiento hacia la cocina—. No me sorprendería tanto encontrar opio en el refrigerador.

Los otros dos oyeron cómo Farley abría el electrodoméstico y buscaba en su interior, maldiciendo luego al no recordar dónde se hallaba el abrelatas.

—¿Cuánto tiempo hace que os conocéis tú y Farley? —inquirió Terry mientras tanto.

—No mucho —explicó Ben—. Nos conocimos en la universidad un par de semanas antes de decidir venir a vivir aquí los dos.

—Esto me extrañaba ¿sabes? Yo soy muy curiosa. Pero ¿por qué decidisteis vivir juntos?

—Porque este apartamento es preferible a una sola habitación. Dos personas pueden pagar con más facilidad un apartamento mejor que una.

—Pensé que tal vez era a causa de que Farley pudiera estar más cerca de Fanny.

—Pues te equivocaste, querida. Es cierto que Fanny nos comunicó que este apartamento estaba libre, pero Farley lo aceptó a falta de otro. No te habrás tomado muy en serio sus relaciones fraternales ¿verdad? Fanny es un diablillo muy complicado. Declaración de independencia y todo eso... Sabe muy bien andar por la vida.

—Farley es muy guapo. ¿Por qué procura siempre ir tan mal arreglado? Al fin y al cabo, dentro de un año o dos será abogado. ¿Es que los leguleyos tienen que llevar cuellos corbatas y chaquetas como los suyos?

—Aspira a ser otro Clarence Darrow<sup>[1]</sup>.

—¿De veras? ¿Y esto qué es?

—Oh, no importa.

En aquel momento, volvió Farley con una lata de cerveza y unas zanahorias. Se lo entregó todo a Terry, la cual dejó los tubérculos encima del sofá y tomó un sorbo de cerveza. Farley, empleando la misma técnica anterior, volvió a sentarse en su butaca.

—Sólo por curiosidad —dijo— ¿te importaría aclararme para qué necesitas las zanahorias?

—Será un placer —accedió Terry—. Pienso hacer con ellas un *Ragout* Estudiantil.

—¿Qué demonios es un *ragout*?

—Un *ragout* —terció Ben— es una serie de cosas guisadas conjuntamente.

—Mal descrito es eso mismo —afirmó Terry.

—Pero ¿qué es exactamente un *Ragout* Estudiantil? —preguntó Ben—. Como soltero dispéptico, me interesan las recetas culinarias.

—El *Ragout* Estudiantil es el emperador de todos los *ragouts* del mundo.

—No tienes que mostrarte tan esotérica. ¿Se trata de una receta guardada celosamente?

—En absoluto. ¿Quieres que te la detalle?

—Es precisamente lo que te estoy pidiendo.

—Es muy sencillo. Yo empiezo por coger una cazuela o una olla. Por mi parte, empleo mi olla exprés. Luego, corto unas lonjas de tocino por la mitad y con ellas cubro el fondo de la olla. A continuación, corto una libra aproximadamente de filetes en pedazos de dos centímetros por cinco, con los que cubro el tocino, añadiendo sal y pimienta. Luego vienen las zanahorias, que parto en rodajas sumamente delgadas, extendiéndolas sobre la carne. Después, corto también en finas rodajas tres cebollas, que coloco sobre las zanahorias. Finalmente, cojo tres o cuatro patatas, según el tamaño, y hago la misma operación que con las cebollas. Las salo y añado más pimienta, tapo la olla y dejo que todo se cueza con poco fuego, lentamente. En mi opinión, es preferible añadir una generosa cantidad de agua para asegurarse de que el *ragout* quede bien. Claro que en la verdura ya hay líquido, pero se necesita un poco más de humedad, lo cual no hace ningún daño.

Durante su explicación, Farley y Ben contemplaban a Terry con gran extrañeza. Cuando hubo terminado callaron un instante. Luego, Farley se volvió hacia Ben.

—¿La has oído?

—Dios mío —exclamó el aludido—, es absolutamente increíble.

—Es verdad —asintió Farley—. Jamás pensé que Terry fuese tan buena cocinera. Más bien me la imaginaba siempre en el dormitorio, rodeada de sábanas de seda, de espejos, de océanos de lociones y cremas, pintándose las uñas de los pies, depilándose las cejas y cosas semejantes.

—¿A qué otras «cosas semejantes» te refieres? —quiso puntualizar Terry.

—Estaba pensando —precisó Ben— en el sexo. Tienes que reconocer, con toda sinceridad, Terry, que eres una mujer muy sexual.

—Y bien ¿qué hay de malo en ello? ¿No pueden hermanarse el sexo con la cocina?

—Ya que lo preguntas —observó Ben— no veo ninguna objeción.

—Volviendo al *ragout* —intervino Farley—, debo confesar que me hace el efecto de ser muy sabroso. Ben, tú eres mejor cocinero que yo. Por tanto, tendrás que tratar de confeccionarlo cuando regreses de tu fin de semana.

—Naturalmente, las cantidades son sólo las sugeridas —explicó Terry—, pero pueden alterarse a gusto del consumidor.

—Yo diría que el principio es el mismo que el de los cubos de basura de Huck Finn<sup>[2]</sup> —manifestó Ben—. Captar el aroma.

—Aparte de ser delicioso —siguió Terry—, posee otra gran ventaja. No es necesario estar atenta al guiso. Por esto decidí hacerlo hoy para cenar. Dentro de poco tengo una cita y me marcharé dejando el *ragout* al fuego. Cuando Jay llegue a casa, chillando por la cena, ya estará a punto.

—¿Adónde vas? —inquirió Ben.

—No es asunto tuyo. Si tú sabes callar tus secretos, yo también.

—Bien dicho —aprobó Farley—. Lo justo es justo. Y si tú nos cuentas adonde vas este fin de semana, Terry también nos revelará el objeto de su cita.

—No me importa —objetó Ben.

—Tampoco a mí saber adonde vas —replicó Terry.

Farley suspiró.

—Hablando de Jay, ¿cómo está, Terry?

—¿Quién ha hablado de él?

—Tú. Has dicho que chillaba pidiendo la cena.

—Ha sido una exageración. Jay nunca chilla. Ni siquiera grita. No encajaría en su calidad de profesor ayudante de

economía. Si tú fueses un profesor como él, te mostrarías siempre digno y envarado. Y si fueses la esposa de un profesor ayudante de economía, también deberías ser digna y envarada.

—Lo cual no es razonable —protestó Ben—. ¿Cómo puede una esposa tan sexual ser digna y envarada?

—Oh, es muy difícil —admitió Terry—, si no imposible.

—Es peor aún: no es saludable. Entre la dignidad y el sexo, siempre me quedaría con lo último.

—Esta conversación ha tomado una orientación de descontento —observó Farley—, si no estoy equivocado.

—No es ningún secreto —respondió Terry— que Jay y yo no nos hallamos en los mejores términos de amistad. Jay desaprueba casi todo lo que yo hago.

—¿De veras? —preguntó Ben—. No me imagino por qué.

—¿Pretendes ser sarcástico?

—Sí, Ben —añadió Farley—, no has de ser tan humorista. No es conveniente para un estudiante que piensa pasar un fin de semana secreto. En cuanto a mí, Terry, estoy de tu parte. Y si el digno profesor Jay te abandonara, yo estoy dispuesto a consolarte.

—En cuyo caso —rió Terry—, tendrías que aguardar tu turno.

Ben consultó su reloj de pulsera, vació su lata de cerveza y consiguió ponerse de pie.

—Empiezo a sentirme como una vieja lechuza —bostezó—. Por suerte, ya es la hora de marcharme.

Llevó la lata vacía a la cocina, volvió a aparecer en la salita y entró en el dormitorio. Cuando se presentó de nuevo lucía abrigo y sombrero y llevaba un maletín de piel.

—Me largo —anunció—. Nos veremos el domingo por la noche.

—Como estoy convencido de que no vas a ser bondadoso precisamente —le recomendó Farley—, ten mucho cuidado.